

El ramo del Diablo por Jasmine King

Las caléndulas. Esas dulces caléndulas. Esas malditas caléndulas.

Un ramo de caléndulas anaranjadas, que empieza a ponerse negro por los bordes, se sienta en un jarrón junto a la ventana de su cuarto gris en el manicomio, donde se siente como si fuera la única paciente, perdida en un laberinto de locura y purgatorio, el rostro sin rostro que se desvanece en su cabeza, riéndose de ella y burlándose de ella, los ojos de piedra mirando fijamente a su alma encogida.

Ella no siempre fue así.

No hasta ese día...

Era una tarde de verano brumosa y caminaba desde del pozo, el sol derritiendo la piel aceitunada en el valle del río Ebro, el lugar que ella llamaba hogar, famoso por su belleza eterna y sus flores que crecían todo el año en sus ricas colinas. Incesantemente, una orquesta de cigarras armonizada en hierba alta, sus melodías rotas por los pasos de Rosalía tropezando por prados secos de dulces caléndulas que salpicaban la tierra horneada, equilibrando urnas de agua atada a su espalda. Los alucinantes espejismos a lo lejos le jugaban a la mente trucos como nómadas que imaginaban un oasis en una tierra infructuosa.

Rosalía estaba sola. Siempre le había gustado estar sola, la calma de todo, solo ella y el arroyo, estudiando el reflujó y el flujo del agua mientras cortaba a través de guijarros sueltos y los vientres sedosos de los peces mientras se deslizaban por la corriente. Ella miró a la distancia.

Una forma negra surgió repentinamente de la hierba alta que vacilaba en el espejismo y se rezagaba por el valle. Lo que Rosalía había pensado que parecía ser un ciervo era ahora una figura. Su corazón se aceleraba, un sudor frío asomaba en su frente, sus venas latiendo. Vestido con un manto y un fusil colgado sobre su cuello, pisoteó las rocas hasta el arroyo, donde Rosalía podía ahora distinguir lo que era.

La figura se agachó, tragando el agua desesperadamente. Su cabeza era ceniza y gris pero su rostro no presentaba rasgos, pues de repente giró la cabeza hacia la dirección de Rosalía y ella saltó de su piel. Con una intensa curiosidad, o malicia, la miraba fijamente. Sus ojos opacos estaban vacíos, como piedras, como si hubieran sido tallados de rocas.

Avanzó lentamente hacia ella, dejando tras de sí un rastro de polvo negro como migas de pan. El arroyo se convirtió en tinta negra y también lo hicieron las flores y la hierba mientras caminaba.

Con su manto negro, le produjo su propio ramo de hermosas caléndulas, lo único que tocó que no se volvió negro, con colores tan vehementes que encapricharon y encantaron a Rosalía, quien se las quitó bajo su hechizo.

"Ahora eres mío", dijo.

Con pánico, se llevó la urna de agua y se la lanzó en agonía, pero empezó a desvanecerse como una fotografía envejecida justo delante de los ojos, la piel, el rifle y su manto desintegrándose en polvo negro. Lo único que dejó fue el valle envuelto en una oscuridad impenetrable.

Las caléndulas que sostenía de repente comenzaron a ponerse rojas, entonces un carmesí profundo, entonces negras.

A partir de ese momento, él siempre estuvo en el rincón de su mente, haciendo sombra a cada pensamiento, cada noción, cada esperanza, cada sueño. Él siempre estaba allí invadiendo su alma hasta que en el corazón mismo de quien ella era, ella se había convertido en él y él se había convertido en ella. En esencia eran la misma persona. Estaba permanentemente distraída y perpleja, confundida y perturbada. Sus pensamientos satánicos, negativos y destructivos opacaron su existencia cotidiana de ella, obsesionando los fríos pasillos de su mente. Atrapado.

Ella salía a comprar flores y regresaba con las manos vacías, habiendo vuelto las flores negras con las yemas de los dedos. Intentó caminar por los prados del valle, pero el agua del pozo le hizo señas para que cayera. Ella se miró al espejo y todo lo que pudo ver fue una sombra. Él siempre estuvo ahí. Por todas partes ella iba en oscuridad, como si le hubiera dado sus ojos de piedra.

Al fin, dio paso a la destrucción, dejó que todo consumiera su núcleo. Para que deje de lucir en su mundo, fingiendo que era él ella.

El manicomio fue su venganza. Le trajo tranquilidad. Le trajo calma. Él no podía ser el diablo allí. No tenía sentido. No tenía público. Ella miró las Caléndulas ennegrecidas.

En una extraña lógica inversa, ella había ganado.

